

El corazon en la arena

Roberto Llanos



Capítulo 1

El corazón en la arena

La noche era demasiado oscura, incluso para él. No es que le tuviera miedo al misterio de las sombras, . El mismo había nacido debajo del manto de la niebla Sus pies descubiertos se adaptan a la frialdad de la noche. – No es bueno la luz de esta luna, algo me dice que esto puede salir mal- Comentaba el complice. -Camina, solo camina no es tan difícil como parece. No mereces justicia, los cobardes no se merecen justicia. Ya estas un poco viejo para ser cobarde. No puedes complicar el camino con mitos antiguos- Justificaba el autor- La luna siempre ha estado ahí antes de tí y de mí, no se ira a ningun lado. ¿ Quieres ponerle ojos para ver? ¿ oídos para escuchar? ¿ boca y vos para recibir consejos quizás? ¿ una nariz para inspirar suspiros convertidos en brisas que te den calma por la noche? Eso no va a pasar, este es el mundo real. Esa luna solo alumbra un poco el camino, nada mas que eso. Alguien haya arriba se ha olvidado de pagar la luz , tu luna esta encendida a medias. Las estrellas se han quedado dormidas esta noche. Sueñan con atrapar al sol. Los cajones del firmamento estan desencajados. Puede haber incluso un motin en el paraiso esta noche. Me han contado los cuervos que los angeles planean una huelga para este viernes Santo. Todo esta al reves ya nada es lo que era compañero. Deja que el frío te acompañe ya no precisaras de abrigos, El frío puede envolverte, La sangre de tu cuerpo al principio se resistira , tus poros se erizaran ante la novedad. Ahí es cuando tu curiosidad te conquistara y el resto de tu cuerpo cederá. – No lo se, esa luna nos esta mirando, algo anda mal. Las huellas en la arena son raras, percibo advertencias no logro leer el mensaje la espuma del mar se apresura en borrarla. La luna hace trucos, tu deberías saberlo. Esto no es cuento de Gitanos, esto tambien puede ser verdad. Deberíamos volver mientras podamos. ¿ De donde han aparecido esas nubes? Un arcangel podría estar afilando rayos ahí arriba compañero. Siempre hay alguien trabajando hasta alta horas para Dios. Un solo rayo , uno solo y fin de la historia Tu cabeza podra rodar antes de que puedas siquiera acercarte a donde quieres llegar. No se si esto vale la pena. Deberías por lo menos pensartelo. Emplea el Frío en el reloj, luego transportalo a tu mente, aminorar la temperatura de esta acción. No es bueno enterrar nada en la arena, no con esta luna microscópica . No te das cuenta que apunta solo a nosotros dos ? Dara el aviso ni bien lo hagas, la alarma sonara y ya sera demasiado tarde compañero, no puedes volver a la prisión de las malas decisiones. He visto y escuchado que el hombre es capaz de enterrar varias cosas. Semillas, animales, Tesoros, recuerdos, cimientos. He visto personas enterrando personas. Pero lo que quieres hacer tú es raro compañero ¿ los sentimientos? ¿ El corazón? Y luego ¿ llevaras tu alma en un frasco de mano y la veras solo por las noches cuando necesites caprichosamente un poco de luz? - Se quejaba el complice. – Apesta a cobardía ¿en que te has convertido?- se enojaba el autor- Hare lo que sea

necesario hacer. Solo unos pasos mas, donde rompen las olas mas grandes es el lugar que han indicado. El sonido del oceano servira para ocultar su ubicación. El olor al mar lavara su perfume, El salitre de la profundidad conservara los buenos recuerdos, servira para protegerlo de aquí para adelante el frío y la soledad haran el resto. Despues de todo es un simple Corazon. Si he caminado hasta aquí sin el puesto, creo poder hacerlo un rato más mientras me quede imaginación- Aseguraba el autor.

-Es una locura, es tu decision, luego tu y yo no nos veremos por un tiempo- Manifestaba el complice- No es bueno para nadie caminar junto a un hombre que ya no tiene nada que perder, mucho menos con un extraño que llevara un frasco vacio en la mano.- Le decia el complice.

Ambos caminaron en silencio, el mar estaba revuelto las olas superaban el metro y medio de altura, como si el destino estuviera agazapado escondido detrás de ellas esperando ingeniosamente caer sobre alguna victima que osara caminar por la playa esa noche. Por arriba de las olas entre las nubes las chispas de los rayos encendían los ojos de la noche. La luna de hielo todo lo observaba.- Aquí es el lugar, cava, la hora es la indicada. El cómplice cavo un metro de profundidad, el autor son sus dedos fríos , su mano congelada busco en el interior de su chaqueta desaprovecho dos botones de su camisa, rozo su pecho izquierdo, desato los nudos de la sutura de la cicatriz levanto suavemente los pliegos de sus músculos, atravesó finamente y con sumo cuidado la cavidad de su torax desajusto dos costillas de lado izquierdo prolijamente para extraer delicadamente su corazón. Realizo el procedimiento de salida procurando que ninguna particular de arena o ninguna medida de viento se le filtrara en su interior provocándole una infección. Ajusto los botones de su camisa. Saco de su chaqueta un fino pañuelo de mujer y envolvió su corazón en el procurando no perder ni una sola gota de sangre ni el calor necesario para sobrevivir un metro bajo tierra. – Es lo último que hago por ti – Comentaba el complice, no quiero que luego me juzguen por este favor- Replicaba el complice- Ya te lo he dicho los cobardes no merecen justicia, no es que sea cruel contigo compañero, trato de hacerte comprender. ¿ Esta listo ese pozo ya? Te has esforzado, dejame ver.- Decía el autor. El complice dejo caer la pala, la arena humeda la absorbio sin dejar rastro. El complice se asusto, fue su primer reaccion. – Este suelo, esta maldito- Decía mientras se persignaba – Deja de hacer esas señales o sera tu cabeza la primera que rodara, no des aviso.- Lo increpaba el autor. El pozo se veía lo suficientemente profundo, a primera vista no se veía el fin. La bruma del mar no se colaria entre las paredes de su diametro. Los reflejos de la luna no delatarían jamas aquel escondite. – Vendate los ojos le pidio el autor al complice. El complice accedio. El autor de pie, tomo el corazon envuelto, lo observo, lo sintio por ultima vez y luego lo dejo caer al precipicio sin fondo de aquel pozo.

La arena sello toda evidencia, el viento borro cada huella. La memoria de la noche reinicio su sistema. Quitate la venda- le ordeno el autor al

complice- ¿ Perdon quien es usted señor? Dijo el que ya no era complice. El autor mostro su conformidad esbozando media sonrisa. – Hace frío esta noche.- Ambos dijeron cada uno se fue caminando para extremos diferente como simples extraños. El que ya no era complice se perdió bajo la luz de la luna, el autor caminaba con naturalidad, Su peso no era el mismo. De repente el golpe del vacío invadío sus ideas, descompenso sus fuerzas. Su postura firme y erguida cedio ante el ruido del mar, el viento como un fuerte latigo impacto detrás de sus rodillas. La noche lo obligaba a arrodillarse. Un rayo paso por detrás de su nuca para perderse en el oceano, el reflejo del agua ilumino parcialmente la arena. El Autor lo vio, en la arena ahí estaba forrado en piel humana el cuaderno del que había escuchado. La ofrenda de la arena era simple. La vida era simple. El autor tomo el cuaderno lo deposito debajo de su axila izquierda apretándolo con el interior de su brazo. Buscaba quizás sustituir lo que había cedido. Las hojas en blanco poseían misterios pero carecían de latidos. Esa noche era fría, el autor ya conocía el frío. Se escondió entre la niebla, las noches se perdieron en sus sueños, la ideas se escaparon mientras dormía y el tiempo avanzo sin despertarlo. Un año, una década, quizás un siglo después se despertó. Un día de verano demasiado soleado, un allanamiento de luz se colaba por toda la casa. El calor buscaba detener al Frío. El autor con el libro abajo del brazo, caminaba por la sala, no se percataba de los treinta y ocho grados de temperatura. El sol había derretido las cortinas de la casa. A él lo tenía sin cuidado. Desayuno un vaso con cuatro cubos de hielo tomo sus lentes de sol y camino abajo hacia la playa, siempre con su libro abajo del brazo. Al cruzar el medano se dirigió un poco a la izquierda, el lugar le parecía bien. La arena le ofreció una silla, una sombrilla y ahí permaneció un rato largo actualizando su frialdad con el frescor del mar.

El lugar le resultaba conocido, el laberinto de la memoria lo confundía. Algo de calor trataba de colarse detrás de su omoplato. Giraba su cabeza sobre el hombro derecho, miraba quizás alguien lo estaba apuntando. No había nadie allí. Miro hacia adelante. El frío del mar le daba aire a sus pensamientos. Sus ojos buscaban cómplices. Nada estaba fuera de sitio, solo gente tomando sol derritiendo la piel, evaporando culpas bajo la presión del calor. Los vendedores descalzos volaban para no tocar la arena ardiente. Un vendedor de hielo. Llego frente a él. -

¿ Quiere mas hielo señor? – pregunto el vendedor. – Déjelo todo.- ¿ Cuanto es? – Pregunto el autor. Nada- Respondió el vendedor- Gentileza de la arena. El autor Lavo sus manos en la conservadora de hielo, luego su rostro, tomo un jarro lo lleno de agua congelado y lo virtio sobre su cabeza dejándole derramarse por todo su cuerpo. El sonido de la música de una pandereta interrumpió aquel bálsamo de frialdad . El Ritmo de esa pandereta le brindaba ritmo al día. Detrás de esa pandereta una niña con extraños rulos dorados jugaba a ser una gran artista. La felicidad que irradiaba opacaba cualquiera de los potentes rayo del sol. Su madre le había regalado el espacio necesario para que ella pudiera imaginarse un

mundo mejor. De vacaciones los límites no invadían la imaginación. La niña era la dueña de la pandereta, dueña de ese día. Una creadora por instinto. La niña era naturaleza. El libro cayó de la silla, por primera vez se abrió sobre el primer margen había una palabra escrita. Lunes. La niña dejó su instrumento musical. El mar casi se detuvo solo para observarla. Las olas hicieron silencio para escucharla. El sol se lavó la transpiración de la cara para prestarle mayor atención. El autor se inspiraba en la apreciación. Tomó una pequeña pala y repentinamente comenzó a cavar, la niña era muy decidida su corta edad jamás le sería impedimento. Su determinación resultaba admirable. Recubierta por las risas de su madre, la niña continuaba jugando a descubrir tesoros. En esa tarde de lunes, cavó hasta encontrar el tesoro. Un pañuelo de mujer enterrado en la arena. Yacía intacto, la niña lo tomó. Misteriosamente se encontraba limpio. Miró para todos lados, no quería compartirlo sería su pañuelo. Nada se encontraba envuelto en el pañuelo. Quiso olerlo para percibir alguna especie de pista. Ya no tenía perfume ni nombre bordado. El cielo repentinamente se nubló el tiempo se llevó las horas la tarde avanzaba sobre la arena, las sombras requisaban los últimos escondites del sol. La madre abrigaba a la niña, la niña reestrenó aquel pañuelo, una nueva melodía nacía de aquella pandereta. Mientras el autor escuchaba la música, la lapicera avanzaba sobre el cuaderno rellenando lo que antes estaba vacío. El autor recordaba el lugar. La niña desapareció junto a su madre. El autor se calzó con sus frías zapatillas, se acercó hasta ese punto del mundo. El pozo continuaba medio descubierto, no se veía nada, extendió su cuerpo sobre la arena para ver mejor. Nada se veía. El ruido del mar confundía sus sentidos, hubiera jurado él que desde el fondo del pozo algo a la distancia se escuchaba. Extendió su brazo hacia el interior procuraba hallar algo, nada conectaba su mano. En la extremidad absoluta de su brazo, logró sentir en la yema de sus dedos un golpe de calor como si hubiese dado con el núcleo de la tierra. Definitivamente allí había algo enterrado. No podría recordarlo. Cruzó los médanos a esa hora ya se habían convertido en témpanos de hielo. La arena podría llegar a ser nieve si él continuaba caminando sobre la playa. El autor se cubrió con un manto de sombra para perderse entre el camino de árboles que conducía a su refugio. Al llegar cerró la puerta, encendió las luces, subió las escaleras, al querer prender las luces. El sol lo sorprendió por la ventana. El día había pasado sin que él se diera cuenta. La mañana lo invitó a repetir la acción del comienzo de un nuevo día. El mismo desayuno. La misma playa, el mismo frío, el refresco del vendedor ambulante, la cara sumergida en agua con hielo y de nuevo esa hermosa melodía de pandereta. La niña había atado el pañuelo en el borde del instrumento. Sentada de aquel pozo ya tapado por la complicidad del viento y la arena. Esa niña elegía siempre el mismo lugar. Su madre lo aceptaba. El autor volvía abrir su cuaderno, alguien había escrito la palabra martes en una hoja. La lapicera le daba calor a sus fríos dedos. Podía escribir lo que veía no lo que sentía. Era parte del trato. La niña corrió hasta la orilla del mar empleaba su instrumento como si hubiese sido la música creada por y para ella. El ritmo que producía alternaba los estados del agua. Las

corrientes cambiaban repentinamente. El autor podía ver un conjunto de aguas danzantes mientras la niña saltaba la espuma del mar. Simplificando toda la vida en música. Su Paz era la alegría. – Su frasco señor- Dijo un vendedor volador que lo sorprendió interrumpió el momento- ¿ Frasco? – Pregunto el autor- Gentileza de la arena- Respondió el vendedor. El autor examinó el frasco. No contenía nada. Una etiqueta pegada en su exterior “ Alma” se dejaba leer. El autor esbozó una sonrisa. La niña pasó cerca de él. - ¿ Señor para que ese frasco? – pregunto la niña. Aquí dice alma, pero no tiene nada adentro niña. - ¿ y para que lo quiere usted?- No creo que me fuera necesario. Me harías un favor- Pregunto el autor. – Debo preguntarle a mi mamá, usted se parece mucho a un extraño. – Buena respuesta niña- dijo el autor.

La niña fue hacia su madre buscando algún tipo de aprobación, la curiosidad la superaba. Esa Playa era especial. La niña volvió corriendo y le dijo al autor- Mi madre me ha dado permiso, ¿ que necesita?- Pregunto. ¿ Puedes hacer un pozo y enterrar esto que creo que no voy a necesitarlo? ¿ Seguro? Pregunto la niña- Seguro respondió el autor. La niña cavó el mismo pozo donde había encontrado el pañuelo, depositó el frasco y luego lo tapó. Volvió corriendo al señor para darle aviso. –listo- le dijo al autor. Gracias niña- respondió fríamente el hombre detrás de los lentes oscuros. - ¿ Que escribe ahí? Lo que veo niña, solo lo que veo. – No sería más sencillo escribir lo que siente? – Pregunto la niña. Quizás algún día, hoy no puedo hacerlo. – Confeso el autor.

La tarde galopaba sobre la playa asustando con el resoplar de sus fauces al sol que se había ido desgastando con el pasar de las horas. La niña se fugo junto a su madre de todo lo oscuro. El autor se abrigó en su manto de sombras y se perdió nuevamente entre los árboles. El hombre llegó su refugio repitió las mismas acciones, subió la escalera pensando en la pregunta de aquella niña, en el frasco, en la arena en el cuaderno. Los laberintos de la mente no le indicaban una salida certera. Descendió la escalera, abrió la heladera se sirvió un vaso con mucho hielo para encontrarse en su elemento. Cerro la heladera y el sol lo sorprendió otra vez. El día había cambiado. Con los pies lastimados se dirigió a la playa, sus brazos cansados casi no eran capaces de sostener el cuaderno. Un envase vacío impulsado por el viento se dejaba arrastrar hacia la playa. Él era ese envase. Se quitó los lentes oscuros, la vista era aún más oscura. Volvió a colocárselos para lograr algo de nitidez. Llegó a su asiento la sombrilla lo estaba esperando, había un cartel en la silla- Gentileza de la arena- El hombre se sintió desfallecer en aquella silla, ya ni siquiera el frío del mar podía reanimarlo. El vendedor de hielo esa tarde desapareció. El sonido de la pandereta se escuchaba a lo lejos. El vendedor buscó el sonido, encontró a la niña feliz con una pandereta en la mano y una lapicera en la otra. Ella sola se acercó al autor- Buen día señor, le regalo esta lapicera- Le dijo y se volvió con su mamá.

El libro se abrió, el día señalado era jueves el autor se había perdido un día de playa de luz de sol de vida. Un día sin música. La niña sin que nadie le dijera nada, comenzó a cavar por simple curiosidad. Hizo el mismo pozo una luz brillante se veía en el fondo extendió su brazo. Saco el frasco, estaba repleto de bichitos de luz. La niña sonrió, de su mochila extraño otro pequeño frasco, desenroscó la tapa de su propio frasco y traspasó un par de pequeñas hadas fantásticas al frasco encontrado para que la luz se mezclara así con la imaginación. Cerro los dos frascos, guardó el suyo. Le sonrió a su mamá y volvió corriendo hacia el señor.

-Aquí tiene, ya está reparado- Cuando quiera podrá escribir lo que sienta, el verano se va, el calor se va. El Frío también se va.

- Me gusta el pañuelo de tu pandereta- A mí también respondió la niña sonriendo-

A Paz

Papa.